

Rebelión campesina y ciudadanía

Jean-François Prud'homme

MUCHO SE HA DICHO Y ESCRITO en torno a la rebelión campesina de Chiapas de principios de 1994. La irrupción sorpresiva del movimiento, su inscripción en los momentos más vulnerables del calendario político nacional y la aparente modernidad de sus formas de expresión le dieron durante un tiempo un carácter aparentemente único, difícilmente reducible al análisis. Suscitó adhesiones o rechazos que funcionaron la mayoría de las veces a partir de la simpatía y receptividad hacia los símbolos de consumo popular producidos por o alrededor de los zapatistas. En este contexto, la razón no siempre estuvo a la orden del día.

Además, la importancia del uso de los medios de comunicación masiva en la estrategia de los insurgentes así como su capacidad de inserción casi instantánea dentro de redes de solidaridad internacional apoyadas en tecnologías domésticas de transmisión de información acentuaron el carácter presumiblemente novedoso del movimiento. La brevedad de los enfrentamientos armados reales —como conviene en las guerras contemporáneas exitosas— y la larga duración de las negociaciones políticas subsecuentes agregaron elementos a la ilusión de novedad del fenómeno. Mucho se insistió en la supuesta originalidad de un movimiento armado que pretende luchar por la instauración de la democracia electoral, manifestando así grandes facultades de amnesia en relación con la historia nacional.

Este breve comentario pretende cuestionar la novedad del movimiento armado de Chiapas como fenómeno sociológico a partir de la discusión de dos problemas ampliamente tratados por la sociología contemporánea. Primero, llama la atención la similitud entre la rebelión chiapaneca y algunas luchas campesinas registradas en varios lugares del mundo a lo largo de este siglo: a pesar del fax, de los satélites de telecomunicación y de todas las tecnologías ligeras que le dieron un brillo de modernidad, el movimiento parece reproducir al pie de la letra el modelo de las grandes

movilizaciones rurales del siglo xx. Luego, la tan curiosa y escuchada fórmula que permitió a muchos transmutar una acción armada que supuestamente lucha por la democracia electoral en algo casi pacífico, nos recuerda las ambigüedades tradicionales de las luchas por la emancipación ciudadana: la paradoja merece ser discutida.

Entre las cosas simples, conocidas y bien hechas de la sociología está el estudio comparado de Eric Wolf sobre las luchas campesinas del siglo xx.¹ Sus conclusiones valen todavía.

Acordémonos. Hace 25 años Wolf constataba que los movimientos armados campesinos de este siglo presentaban muchos rasgos en común. Primero, está la inserción del movimiento en sociedades marcadas por procesos de cambio acelerado. El encuentro entre la modernidad y la tradición se traduce hacia adentro por una destrucción de las estructuras tradicionales de la comunidad y hacia afuera, por la exacerbación de una crisis en el ejercicio del poder político. Se crean condiciones propicias para la insurrección. Inicialmente, las rebeliones se caracterizan por ser “reacciones locales ante disturbios sociales de gran importancia, que han sido causados por importantes cambios de la sociedad”.² Este encuentro entre dos mundos hace que la subsistencia de los grupos más susceptibles de rebelarse dependa de un equilibrio entre el mantenimiento de vínculos tradicionales y acciones de ruptura. Paradójicamente, esta incómoda posición intermedia hace que en sus esfuerzos por seguir siendo tradicionalistas, los miembros de esas comunidades rurales se convierten en revolucionarios.³

Luego, hay condiciones estratégicas particulares. Las reacciones locales antes aludidas se producen en zonas periféricas alejadas de los centros de control estatal, donde diferencias de carácter étnico y/o lingüístico permiten el desarrollo de códigos autónomos de comunicación: se establece una logística de la diferencia. Además, como nos decía Wolf, los rebeldes se caracterizan por ser “campesinos tácticamente móviles”, entendiendo esta movilidad como margen de maniobra tanto en los terrenos de la sociedad como en los de la geografía. Esta movilidad doblemente entendida favorece la creación de vínculos con el mundo de los pobres de la ciudad, canales por los cuales se transmiten las ideas políticas del descontento urbano.

¹ Eric Wolf, *Las luchas campesinas del siglo xx*, México: Siglo Veintiuno Editores.

² *Ibid.*, p. 401.

³ En uno de sus textos famosos, E.P. Thompson, discusiones sobre categorías metodológicas aparte, trató el fenómeno de manera brillante. Véase su “Eighteenth-Century English Society: Class Struggle without Class?” *Social History*, III, núm. 2, May 1978.

Wolf completaba sus conclusiones definiendo a los actores de esas gestas campesinas modernas. Esencialmente se trata de una convergencia entre “intelectuales desarraigados”, promotores de un nuevo orden, buscadores de un “nuevo hogar” y partidarios rurales, la mayoría de las veces campesinos medios amenazados por el cambio y/o localizados, como ya se ha dicho, en zonas periféricas. Este encuentro se expresa a través de un discurso portador de orden futuro frente al desorden del mundo presente: “el verdadero orden está por venir, ya sea mediante una intervención milagrosa, mediante la rebelión o por ambas. El anarquismo campesino y una visión apocalíptica del mundo, unidos, proporcionan el impulsor ideológico que motiva al campesino rebelde”.⁴ Y por supuesto, la palabra verdadera sale de la boca de un portador de orden, llámese como sea, “Mahdi”, “Hijo del Cielo” o “czar blanco”.

Resultaría fastidioso buscar aplicar paso a paso las conclusiones de Wolf a la rebelión chiapaneca de enero. Sin muchas dificultades, cada quien puede hacer su propio ejercicio de comparación. Mi propósito no es explicar lo sucedido, ni tampoco demostrar la veracidad de una serie de observaciones analíticas. Sin embargo, salta a la vista la coincidencia entre los rasgos comunes a las rebeliones campesinas de este siglo y las manifestaciones visibles del movimiento chiapaneco. Detrás de los aspectos superficiales de la insurrección que aparecen más nuevos y excepcionales, se perfila una realidad sociológica vieja y bien estudiada.

En el curioso pero interesante epílogo a su famoso libro *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*, Barrington Moore reivindica el papel de los campesinos en los procesos de modernización.⁵ Antes había insistido justamente en el destino trágico de los movimientos campesinos en los procesos de cambio social (“Los campesinos han proporcionado la dinamita para volar el edificio viejo. A las obras de reconstrucción subsiguiente no han aportado nada: de hecho han sido sus propias víctimas, incluso en Francia”).⁶ También, como es sabido, a lo largo de su trabajo sostiene la tesis de que las revoluciones campesinas entendidas como una conjunción específica de factores han llevado a la ruta de modernización comunista: ruta que en lo político no se expresa precisamente en formas democráticas de gobierno. Sin embargo, nunca nos explica por qué la masiva participación campesina no logra producir democracia parlamentaria.

⁴ Eric Ro. Wolf, *op. cit.*, p. 401.

⁵ Véase Barrington Moore, 1976, *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*, Barcelona: Ediciones Península, pp. 400-410.

⁶ *Ibid.*, p. 387.

En el epílogo del libro, Moore explora las reacciones de los campesinos rebeldes ante la modernización. Según él, los conceptos de libertad, igualdad y fraternidad adquirieron un sentido distinto en el mundo rural:

Para el campesino, lo primero no fue la libertad, sino la igualdad [...] Libertad quería decir también librarse del superior que ya no les protegía, pero que usaba de sus antiguos privilegios para arrebatarles sus tierras o hacerles trabajar para él por nada. Fraternidad quería decir la aldea como una unidad cooperativa y económica, y poco más.⁷

Quizás, en las pocas páginas dedicadas al tema se encuentra una clave para entender la difícil compatibilidad entre rebelión campesina y democracia parlamentaria. La idea no es nueva. Una concepción del mundo que acentúa conceptos como los de cooperación inmediata, de localismo y de igualdad absoluta difícilmente puede producir el tipo de abstracciones necesarias al funcionamiento de la democracia parlamentaria: igualdad formal entre individuos abstractos, representación política y regla de mayoría. Regresaré sobre esta relación entre concepciones del mundo e imaginario político.

Al final del epílogo, Moore discute las vías históricas del cambio contrastando el radicalismo revolucionario y el gradualismo. No voy a retomar todo el razonamiento: pierde fuerza en su progresión. Sin embargo, Moore adelanta dos argumentos que justifican el cambio violento. El primero alude a la evaluación moral del recurso de la violencia: ¿es mejor permitir la continuación del uso de la violencia de los amos o aceptar la respuesta violenta y liberadora de los oprimidos? Aquí, se perfila el viejo y muy discutido problema del “mal gobierno” y del derecho a la rebelión. El tema es pertinente.

El segundo argumento se apoya en la historia política del mundo occidental: la violencia revolucionaria es parte del proceso histórico que permitió el subsecuente cambio pacífico. Se trata de un argumento más sólido. Después de todo la conquista de los derechos ciudadanos —o la fabricación del ciudadano— fue en muchos casos una historia violenta. Pero aún así las luchas sociales que conllevaron a la ampliación de estos derechos no siempre fueron luchas violentas: muchas de ellas perseguían la integración de amplios segmentos de la población a la comunidad política por vías pacíficas y hacían énfasis en la idea de reforma.⁸ Pero aun si

⁷ *Ibid.*, p. 402.

⁸ En un pequeño manual de exégesis del trabajo de T.H. Marshall, Barbalet dedica un capítulo a la discusión del papel de las luchas sociales en la ampliación de los derechos ciudadanos. Véase J.M. Barbalet, *Citizenship*, Milton Keynes: Open University Press.

se aceptara la evidencia histórica aportada por Barrington Moore, nada garantiza que el uso de la violencia permita el paso a formas superiores de convivencia que son necesariamente más civilizadas, pacíficas y ciudadanas. El curioso toque final que el mismo Moore da a su libro —en donde termina criticando los resultados políticos de las tres rutas hacia la modernización— parece infirmar el argumento.

Probablemente para evaluar los efectos de las rebeliones campesinas sobre la ampliación de los derechos ciudadanos habría que remitirse a la paradoja destacada por Wolf, de los comuneros que luchan por defender una cierta concepción de la justicia y que se vuelven, *malgré eux*, factores de ruptura y de aceleración de la desaparición del orden que buscan recuperar. En el caso de que fuera positivo, el impacto sobre la ampliación de los derechos ciudadanos es indirecto. Depende primordialmente del contexto en el cual se da la lucha: más precisamente, de su capacidad de provocar un cambio en los arreglos entre otros actores sociales y/o de conllevar al reconocimiento de derechos particulares. Y esto siempre dentro de un contexto dominado por otros valores: aquí sí pesan las evidencias históricas documentadas por Barrington Moore.

En algún pasaje de su epílogo, Moore hace referencia, en clara alusión a algunos clásicos de la sociología alemana, a la tendencia a ver “a través de la calina romántica” la comunidad campesina. Dicha tendencia provocaría un desdoblamiento de sentido entre la interpretación ajena y la vivencia propia de ciertas categorías de percepción de la realidad. Lo mismo parece repetirse en cuanto a la interpretación que hacen ciertos intelectuales de modelos de sociedad subyacentes a movimientos armados campesinos. Así, en esas imágenes la democracia directa, unanimista, armada y virtualmente plebiscitaria adquiere connotaciones de armonía y naturalidad: una especie de segundo estado de naturaleza rousseauniano. Y se presenta naturalmente como la esencia de la democracia representativa, como si ambas pertenecieran al mismo mundo conceptual. Y de la misma manera los medios de la guerra se transmutan en medios de la paz.

En este breve comentario quise aludir a dos cosas simples y conocidas de la sociología política recordando interpretaciones también muy conocidas del cambio en el medio rural. Espero que este leve esfuerzo de memoria nos recuerde que lo nuevo no siempre lo es y que todavía la sociología bien hecha de antes ayuda a dar su justa dimensión a los problemas de ahora. Hemos hablado mucho de Chiapas en los últimos meses; doy por entendido que este comentario corre paralelamente a hechos conocidos.

